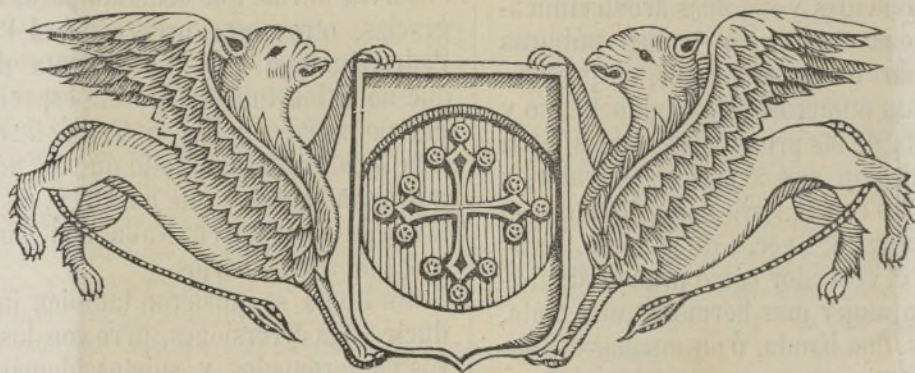


EL FARO BISBALENSE.



ESTABLECIMIENTO
tipográfico y editorial
DE DON ANTONIO DE TORRES.

Redaccion calle del Puig, n.º 43.

Administración plaza del Cas-
tello núm. 28.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

En La Bisbal 10 rs. trimestre
En los de: á los puntos del rei-
no 12. Franco de porte.
Ultramar y extranjero 20.

Remitidos, anuncios, avisos,
etc., línea. 1 rs.
Suscriptores 1/2.
Insértese ó no, no se devuelve
ningun original.

PERIODICO SEMANAL, CIENTIFICO, LITERARIO Y DE MODAS.

LA FIESTA ESPAÑOLA. (I)

I.

Hay cosas que no se comprenden.
Si se comprendieran se podrían es-
plicar.

Si se explicaran dejarían de ser oscu-
ras.

Una de las cosas mas oscuras que se
presentan á nuestra vista en este mo-
mento es la contradicción que se nota
entre los sentimientos y las costumbres
de los pueblos.

Sus costumbres deben ser el reflejo de
sus sentimientos, y, no obstante, lo ve-
mos contradicho en todas las naciones, y
presenciamos en muchas de ellas hechos
que parecen incompatibles con la mane-
ra de pensar de los que los ejecutan.

El pueblo español, por ejemplo, es
esencialmente religioso, amigo de la hu-
manidad, de corazón sencillo, apasiona-
do, magnánimo, generoso y valiente.

En España, sin embargo, no hay hos-
pitaes para los perros como en Inglaterra;
no hay casa de refugio ó hospicio pa-
ra los gatos como en Florencia; no hay
junta protectora de los animales como en
Francia.

Pero al propio tiempo, si alguno de
esos que con razon se puede dudar de
sus buenos sentimientos, maltrata á un
animal, como sucede algunas veces en
los conductores de carruajes que se ce-
ban hasta el estremo de dar muerte al
caballo, entonces no intervienen los *poli-
cemen* como en Londres, si que el públi-
co prorrumpe en muestras de indignacion
hasta el punto de obligar á huir al mata-
dor, para poderse librar de los furores
de aquella multitud, indignada por su
inconcebible acto de barbarie y estupi-
dez.

En España, además, se miran con hor-
ror los establecimientos de viviseccion
que existen en las naciones antes citadas,
establecimientos que prueban á las claras
la contradicción de que venimos ha-
blando.

¿Qué hacen sino las juntas protectoras
de animales en Francia, y los directores
de los hospitales de perros en Inglaterra,
que no impiden el bárbaro martirio á

que se sujetan á los pobres animales al
hacerles sufrir vivos una horrible autopsia,
que será quizás muy útil para los
adelantos de la ciencia, pero muy con-
trario á las leyes del sentimiento y la hu-
manidad?

En España se da estrignina á los per-
ros para evitar la aglomeracion de estos
animales y la posibilidad de un acciden-
te de hidrofobia; pero se procura darla
de noche, quitando por este medio el re-
pugnante espectáculo de ver á un pobre
animal luchar desesperadamente con las
dolorosas angustias de la muerte; mien-
tras que en Francia se matan á sablazos
en medio del día, en cualquier calle, en-
tre los gritos, aplausos y carcajadas de
la multitud, todo á ciencia y paciencia de
la humanitaria *junta protectora*.

En España se leen con repugnancia
las descripciones de las corridas de asnos
tan generalizadas en Inglaterra, en las
cuales sabido es los tormentos á que su-
jetan á aquellos pacientísimos cuadrúpe-
dos al obligarles los de un bando á que
anden y los del contrario á que perma-
nezcan parados.

En España, en fin, sin tener hospita-
les, en las poblaciones en que no hay
fuentes, pilones ó abrevaderos, los veci-
nos ponen á las puertas de sus casas bar-
reños con agua limpia y fresca, para
que los animales puedan beber allí.

De suerte que en vista de todas estas
costumbres, se podría decir que España
es una nacion civilizada, con sentimien-
tos humanitarios que la ennoblecen y
que la hacen superior á todas las demás
que manifiestan tan preferente interés
por las especies irracionales.

Pero nada hay menos cierto.

En España existe entre sus sentimien-
tos y sus costumbres una contradicción
inesplicable, indefinible, contradicción
que revela ó una gran hipocresía, ó un
estado de atraso que nos pone á la altu-
ra de los pueblos mas incultos del Africa.

Y no se crea que es un vicio ó defec-
to lo que así nos desacredita á la vista de
las demás naciones: es nada menos que
una *fiesta popular*, llamada *española* por
ser peculiar de los españoles; fiesta tan
concurrida y animada como la de los
gladiadores romanos; de tanta importan-
cia como la de los juegos olímpicos; tan
inmoral y repugnante como la de las lu-
chas de las fieras con los esclavos ó con-
denados, en las que aquel pueblo *ilus-*

trado y sabio aplaudia frenéticamente
las contorsiones, angustias y estertor de
la agonía de aquellos infelices que, sen-
tenciados por un gobierno brutal, eran
destrozados por la garra de una fiera;
tan irracional como la de los ingleses en
que se deshacen la cara á puñetazos, lu-
cha á que asiste el pueblo inglés con un
entusiasmo digno de mejor causa; tan
indigna como la que ya hemos nombrado
de las corridas de asnos; tan insustancial,
en suma, como las celebradas peleas de
gallos, ó las humorísticas de perros, ó las
de perros y gatos.

Esa *fiesta española* que forma contras-
te con nuestros sentimientos humanita-
rios y que destruye por completo el inte-
rés que por los animales manifestamos,
es LA CORRIDA DE TOROS.

II.

¿Qué es una corrida de toros?

El refinamiento de crueldad de los
hombres para con los pobres animales.

La abstraccion del corazón humano
para convertirse unos cuantos hombres
en fieras que martirizan á otras fieras, y
los demás que presencian aquella lucha
irracional, en otros tantos seres sin cora-
zon como el que describe el incompara-
ble Edgardo Poe.

La resurreccion del famoso Tribunal,
aplicado á los animales.

El suplicio de Tántalo, impuesto á se-
res irracionales, que se conceptúan sin
duda sin sensibilidad y sin sufrimientos.

Las luchas de los anfiteatros romanos.

Y sin embargo, cuando algun español
se detiene ante las ruinas de uno de aque-
llos famosos circos, no puede disimular
la espresion de disgusto que le ocasiona
la consideracion de los sucesos acaecidos
en aquella arena, que no se atreve á pi-
sar, dominado por un sentimiento de res-
peto hacia aquellas victimas sacrificadas
al instinto brutal de aquel pueblo que pa-
saba por ilustrado y que nosotros en
nombre de la humanidad calificamos de
bárbaro.

¿Y qué diferencia hay entre aquellos
repugnantes espectáculos y nuestras cor-
ridas de toros?

Los circos eran iguales.

El público, numeroso y entusiasta, co-
mo el nuestro.

Solo habia una diferencia.

Los héroes de la funcion.

Allí figuraba una fiera salvaje, ham-

brienta é iracunda, y un hombre, culpa-
ble unas veces, inocente otras, á quien se
condenaba á aquel suplicio, y á quien se
concedia muchas veces, por irrisión sin
duda y para hacer mas divertido el cua-
dro, una pequeña arma con que defen-
derse.

Aquel hombre, si no se abatía ante la
inminencia del peligro, intentaba una
defensa, ineficaz casi siempre, pero que
le hacia abrigar una remota esperanza
de salvarse, si podia asestar un golpe se-
guro á la terrible fiera que, hambrienta,
se le abalanzaba.

¿Sucede esto en las corridas de toros?

No.

En esta funcion los héroes son: un to-
ro, castigado, herido, embravecido con
un violento encierro, é incitado con el
hierro, las capas y los objetos que le es-
timulan; y un indefenso caballo que con
los ojos vendados avanza hacia la fiera
para que esta con sus afiladas astas se ce-
be en él para vengarse del dolor que el
ginete le ocasiona con el rejon ó la pica,
al obedecer á su escitacion y embestir.

Alrededor de estos dos opuestos acto-
res pululan unos cuantos hombres, que
hacen las veces de pica pleitos ó enciza-
ñadores que exasperan al toro con su as-
tucia, sus engaños, su habilidad y su ar-
te, llevándole hacia el caballo, en que le
espera un fuerte puyazo, en castigo de
su obediencia. De suerte que si no obe-
dece, se le castiga; si obedece, se le cas-
tiga igualmente, aunque dándole el con-
suelo de que sufra haciendo sufrir tam-
bien.

Cuando aquellos hombres y el público
que lo presencia se han cansado de aque-
lla clase de tormentos, una autoridad que
preside el espectáculo, bandera izada y
á toque de tambores y clarines, manda
que cesen *las cuñas*, por ejemplo, y se
imponga el hierro ó fuego, ni mas ni me-
nos que hacia el Santo Tribunal.

Si el toro ha embestido á los caballos
y no ha temido á los puyazos con que
los ginetes le destrozan el morrillo ha-
ciendo brotar la sangre á borbotones; en-
tonces, se le premia clavándole diez ó
doce palos cortos á cuyo estremo tienen
un clavo grande en forma de anzuelo
que, introducido en la piel, evita que caí-
ga, y hace que la carne se vaya rajando
y produciéndole al caminar horribles
padecimientos.

Si el toro se ha mostrado receloso, ha

(1) Este artículo lo hemos copiado de la «Biblioteca
del viajero», interesante mejora que el Sr. Domenech ha
introducido en España para utilidad y recreo de los via-
jeros.

evitado los encuentros con los caballos y ha huido el bulto al hierro de los ginetes ó *picadores*, se le acusa de miedoso y cobarde, y entonces los infantes ó *banderilleros*, le clavan seis u ocho palos iguales á los ya descritos, pero adornados de abrasadores cohetes, que se disparan al contacto de la piel, y profundiza con su consecuente y tenaz fuego la gran herida que el gancho le ha abierto.

Y no bastando con esto y como á un reo de la Inquisición que se empeña en no declarar, el presidente ordena variar de tormento y lo condena al último, en que debe irremisiblemente morir á manos del verdugo mayor, jefe de la cuadrilla, ó *espada*, como se le llama.

Entonces, aquel matador brinda el sacrificio como se pudiera hacer con una copa de *champagne* y se dirige hacia el toro, con la espada desnuda en una mano, un trapo rojo en la otra, y seguido del fúnebre cortejo.

Incita al animal con el trapo y, le engaña una, dos y tres veces, y cuando este ya está ciego de coraje, de dolor, y debilidad por la sangre que á torrentes ha vertido, le clava la espada, hasta la empuñadura si puede.

Si el toro muere, menos mal porque descansa al fin; pero sino, si la espada le ha atravesado en toda su estension pero sin tocar al corazón, se la clava otra vez, y otra y otra, hasta que el animal, desfallecido, se deja caer; en cuyo caso, otro individuo de la cuadrilla, el mas humanitario en verdad, va por detrás con mucho cuidado, sigilo... y *miedo*, y, desde lejos muchas veces, lo cual constituye un mérito, le tira una puñalada á la testuz del animal, que corta por fin el último átomo de existencia que le restaba.

Y en seguida, todos aquellos dignos hombres se retiran muy satisfechos, recibiendo los aplausos, felicitaciones y regalos del público, se sientan, refrescan, fuman y descansan, mientras se llevan al toro y á los caballos muertos.

Al momento se tapa con arena la sangre que tiñe el suelo, se preparan caballos nuevos, y se abre el toril, y se repite de nuevo tan bárbara, cinica y vergonzosa diversion.

¿Es concebible este espectáculo sin verle?

¿Es posible imaginar que haya hombres que estudien el arte de luchar con una fiera poderosa hasta el extremo de que con solo su astucia y habilidad se engañe al animal y se le hagan padecer toda clase de sufrimientos?

¿Y es creíble que el público asista gozoso á ver matar indefensos caballos, atormentar á los toros, y morir muchas veces tambien á aquellos hombres, que, fiados en su arte y su destreza, desprecian los peligros á que se exponen?

No, no se podría creer, no se podría imaginar sin verlo.

Y no es esto lo peor; sino que como aquellos que están pobres pero orgullosos porque sus antepasados fueron ricos, ó son ignorantes pero engreídos porque sus abuelos fueron sabios, piensan que las corridas de toros son poco menos que de origen de dioses, porque el noble Cid Ruy Diaz de Vivar fué torero ó peleó con los toros.

¿Pero las corridas en que aquel noble y otros muchos lidiaron eran lo que son ahora?

De ninguna manera.

Allí luchaba el valor y la arrogancia; no el arte y la astucia.

Pero historiemos.

III.

En tiempo de Alfonso VI, cuando los hábitos caballerescos estaban en su mayor esplendor y las luchas y batallas eran una necesidad para toda aquella gente que solo vivia en la guerra y entre el estruendo de las armas; en todas las grandes festividades y notables acontecimientos, se convenian unas luchas públicas en que dos ó mas caballeros, en presencia de un numeroso y escogido gentío y á la vista de las principales damas de la corte, median sus armas y su valor, y combatian con bizarro denuedo hasta el extremo muchas veces de matarse, recibiendo el vencedor como premio, de mano de la mujer mas hermosa, una cinta, una flor, una banda, ó en muchas ocasiones la mano misma que le premiaba.

Apareció por entonces en España un hombre altivo, aguerrido, audaz, apuesto y fuerte; le pareció pequeño mérito el vencer á un hombre por poderoso y valiente que fuera, é intentó luchar con una fiera.

Este hombre era el Cid Ruy Diaz de Vivar.

No sabemos si fué en efecto el primero que acometió tan aventurada y arriesgada empresa, pero en las incompletas noticias que hay sobre este particular, él es el primero de quien se hace mencion.

Se dispuso, con efecto, una fiesta en que se habia de lidiar un toro.

Un noble atrevido y valiente intentó luchar con la fiera.

Caballero en un brioso corcel y armado con un rejon se presentó en la arena: el toro le embistió y caballo y ginele rodaron, sin consecuencias unas veces, heridos ambos otras, viéndose obligado á retirarse corrido por su impotencia.

Otros nobles quisieron seguir su ejemplo y obtuvieron idéntico resultado.

Todos creian ya imposible aquella desigual contienda, cuando aparece en el circo el esforzado campeón, el ilustre Rodrigo.

Adelanta hacia la fiera, pára el caballo, prepara el rejon y espera.

El toro le mira, se detiene, retrocede, revuelve la arena, y muge, volviendo á mirar, bajar la cabeza y retroceder, en tanto que el ginele avanza.

Fija la mirada de la multitud en los movimientos del animal y del caballero, y suspensa la respiracion de todos, de repente, el toro se precipita sobre el caballo; Rodrigo con su poderosa espuela y su inteligente rienda, logra detener el caballo, y dá con el rejon tal golpe y tan certero, que la fiera se retira, inclina la cerviz, vacila, muge dolorosamente, se tambalea y se desploma al fin, entre un estrepitoso aplauso del admirado público, que, frenético, aclama á Rodrigo como el esforzado sin rival, como el Cid de los valientes.

De entonces datan las corridas de toros y de entonces datan las infinitas desgracias que estas diversiones han ocasionado.

Incitados por el triunfo y renombre alcanzado por Rodrigo, muchos quisieron imitarle y ya no hubo acontecimiento ni fiesta que no se celebrara con una corrida de toros.

No contentos luego con pelear á caballo, algunos principiaron á hacerlo á pié, llevando para defensa, en vez del rejon que usaban los ginetes, un garrochon, que ocasionó la muerte de D. Diego de

Toledo, hermano natural del Duque de Alba, que, en las fiestas del casamiento de su hermano, lo clavó en la frente del toro con tan mala suerte, que, al embestir el animal, se lo metió por el ojo y le pasó la cabeza destrozándose la horriblemente.

Acontecimientos de estos habian todos los dias y si bien Moratin en su *Carta histórica* afirma que ocurrían pocas desgracias, otros escritores como el Padre Pedro Guzman y D. Luis Zapata dicen que no habia funcion de esta especie en que no murieran dos ó tres ó á veces mas hombres, asegurando que en un dia murieron cuatro, y que en 1612, en una fiesta de la Cruz en Valladolid, fueron hasta diez los muertos.

En Roma se quisieron tambien introducir estas diversiones, pero con los toros enmaromados y sujetos además con perros; y á pesar de estas precauciones, en el año 1332, en un solo dia hubo diez y nueve muertos y nueve heridos de la clase de caballeros romanos y otros muchos muertos además, de la clase de plebeyos.

Este desgraciado ensayo fué bastante para considerar aquella diversion como perjudicial é inmoral y fué prohibida.

En España, mientras tanto, cada dia adquiria mayor popularidad y mayor prestigio, llegando á tal extremo el entusiasmo y el afán, que se construyeron de planta suntuosos circos, siendo uno de los primeros el de Madrid, que se edificó en tiempo de D. Juan II, y lo reedificó y perfeccionó Felipe III, en el año 1619.

Los moros gustaban tambien de estas fiestas, de los cuales las tomaron sin duda los cristianos españoles, y las cultivaron con tal esplendor y magnificencia y con tal ardor é importancia, que, como entre los cristianos, para ser buen caballero, se necesitaba como cualidad principal ser apuesto, valiente y entendido *arrejoneador de toros*; diversion que indudablemente tuvieron hasta el tiempo del rey Chico.

Por este tiempo, la Iglesia, que ha tenido siempre la tendencia de hacerlo todo cuestion religiosa, escitaba á la reina Católica, por conducto de su confesor Fray Hernando de Talavera, para que prohibiera aquellos sangrientos espectáculos; á lo que ella, conociendo la ciega afición del pueblo y teniendo en algo el derecho de libertad, no accedió, á pesar de que no gustaba de aquellos bárbaros espectáculos, por cuya razon contestó que *«no asistiría nunca á ninguna corrida; pero que no se atrevia á prohibirlas.»*

Sin embargo, posteriormente, en el año 1553, las Cortes de Valladolid pidieron tambien la supresion de las corridas, lo cual no se llevó á efecto hasta el año 1567 en que el Papa San Pio V las prohibió terminantemente.

Aun entonces valió poco el veredicto, porque como los principales toreros eran el rey y los mas ilustres nobles, y estos señores han tenido siempre la facultad de hacer lo que han querido, se cuidaron poco de la orden del Pontífice santo, y muy en breve volvieron á sus costumbres favoritas con mayor entusiasmo si cabe; durando este hasta el tiempo de Felipe V, que se mostró poco aficionado, ocasionando con su reserva y retraimiento el que los nobles lo fueran dejando tambien, y lo abandonaran por fin, para dar paso á una nueva era en la historia del toreó.

(Se continuará.)

Seccion literaria.

CONSEJO.

A la mujer.

Mujer, si tú deseas que los hombres
Caigan por siempre esclavos en tus brazos,
Cadenas del amor;
A sus halagos no te rindas fácil,
Esquivá mucho sus constantes lazos,
Y te amarán mejor.

Lo inespugnable el corazón aguija,
Y lo difícil, es la cruda espuela
Que dá alas al corcel;
Los obstáculos, son pesado lastre,
Pero sin él no va la carabela,
Y necesita de él.

Si el hombre pide y al momento obtiene,
Tras de rápido amor viene el olvido
Con rapidez mayor:
Cuando sin lucha se alcanzó victoria,
Olvida al enemigo así vencido,
Soberbio el vencedor.

J. Iqbailla.

UN SUSPIRO.

—Escucha.
—Rare donaire!
—Me has besado.
—Con mi aliento.
—¿Quién te ha conducido?
—El viento.
—Yo quiero verte.
—Soy aire.
—¿Aire no más?
—Ten más calma.
—Quiero verte.
—No ha de ser.
—¿Quién te manda?
—Una mujer.
—¿Quién te ha dado vida?
—Un alma.
—¿Por amor?
—El la consume.
—¿Quién le da consuelo?
—Yo.
—¿Eres la que adoro?
—No.
—¿Su alma acaso?
—Su perfume.
—¿Eres su afán?
—Su alegría.
—¿Su alegría!
—Y su tristeza.
—¿Su ilusión?
—Y su belleza.
—Placer..
—O melancolía.
—No te alejes.
—Si, que espiro.
—Detente.
—Soy su consuelo.
—¿A dónde vuelas?
—Al cielo.
—Dime tu nombre.
—Un suspiro.

J. de Dios de la Rada y Delgado.

ABRAZO.

Traducción de Victor Hugo.

Estrechaban mis brazos
Tu esbelto talle,
Cual la caña flexible,
Cual ella frágil.
Tu seno en tanto
Temblaba como el ala
De un tierno pájaro.

En éxtasis callado,
Solos y juntos,
De la tarde mirámanos
Los rayos últimos;
Mientras dos almas
¡Amor, amor sentían!
Mientras callaban.

Como un ángel sin velos
Te presentaste,
Y alumbraba la noche
De mis pesares,
Con su luz pura,
Tu mirada de estrella
Que me deslumbró!

Jacinto Labaila.

Variedades.

SI, NO Y QUE SE YO...

Triste y dura condicion es por cierto, la de un pobre redactor de periódico, que *velis nolis*, viene obligado á llenar en períodos determinados algunos huecos de papel, para que sirvan de entretenimiento y solaz á una parte del público, que por el mero hecho de pagar anual ó mensualmente una cuota más ó menos crecida de 10, 12, 20 ó más reales se cree con el derecho de divertirse soberanamente, con suma baratura, y á costa ajena.

En este ó parecido caso, benévolos lectores, nos hallamos en la ocasion presente mis suscritores y yo.

Y la única salida—no se si *desentonada* ó de tono—que, para salir del atolladero, oportuna encontrara, ha sido la que he tenido el mal gusto de poner por título en este escrito ó lo que sea.

Así es que he empezado por preguntarme á mí mismo—y perdonese el soliloquio—¿vas á escribir? y dádome al mismo tiempo, y á renglón seguido la siguiente y gráfica contestacion, digna de mejor suerte.

Si... no... que se yo...

Y esta contestacion repetida cien y mil veces, siempre que tratara de tomar la pluma, hasta al extremo de aburrirme cuanto aburrirse puede un hombre de mi temperamento,—que dicho sea de paso es de los mejores que se conocen—ha dado por resultado, enristrar mi ya acibillada pluma y lanzarme, *sediento de gloria y ebrio de publicidad*, por los espacios imaginarios, guiado por esa esbelta y *grave* matrona que algunos—con más intencion que la de un toro de la ganadería del duque de Vergaras—han dado en llamar: *la loca de la casa*.

Si, no y que se yo....

He aquí una frase compuesta de tres palabras cada una de las cuales tiene un sentido diferente y que sin embargo reunidas toman otro distinto.

Esto *si*, se quiere *no*, tiene nada de particular, porque... *que se yo*... al fin y al cabo es una frase como cualquier otra.

Discrepa con todo de algunas otras, que por prudencia me callo, porque tiene como la *vecindad* sus *dimes y diretes*.

Aplicuémoslas en algunos casos particulares haciendo divisiones.

Por ejemplo.

El *si* y el *no* de dos enamorados

El *que se yo* de un médico *in casus extremis*.

El *si* de un abogado en pleitos de rico y el *no* del mismo en los de pobre.

El *si* de un ministro para un pretendiente.

El *no* de un calavera á una madre afanosa, al verse interpelado por esta, sobre el *buen ó mal fin* de las relaciones con su hija.

El *que se yo* de un comerciante en un negocio dudoso.

Y finalmente—este es el mas gráfico—el célebre *si y no* de algunos diputados en el Congreso y el *que se yo*... de la política en situaciones anormales.

Se me olvidaba uno muy importante.

El *si* de los contribuyentes, para los candidatos, en las elecciones.

Tiene además otras acepciones.

Dos amantes.—¿Me quieres?—Si.—Me olvidarás?—No.—¿Que sientas á mi lado bien mio?—¿Que se yo...

Un matrimonio.—¿Te pesa haberte casado?—Si.—¿Eres feliz?—No.—¿Entonces tú no me quieres?—Que se yo...

Un empleado.—¿Piensa V. hacer dimision?—No.—¿Es V. afecto al Gobierno?—Si.—¿Hay gangas?—Que se yo...

Un cesante.—¿Le iba á V. bien con su

antiguo empleo?—Si.—¿Está V. conforme con la Real orden que le dejó sin paga?—No.—¿Cree V. que este orden de cosas continúe?—Que se yo...

Y así por el estilo podríamos prolongar hasta al infinito estas diversas variaciones sobre el mismo tema.

Nuestra modesta redaccion hase tambien visto invadida por este logogrifo gramatical, frase simbólica que á un tiempo atesora verdades y sandeces.

Creo que ya en otra ocasion mentado habemos los lances de brocha gorda que nos acontecieran durante nuestra peregrinacion literaria.

Ahora solo diré que *ciertos* pequeños detalles manifestados por el diverso, *si no y que se yo*, de enemigos y partidarios de esta publicacion—ó como si dijéramos por Tirios y Troyanos—ha herido más de una vez mis *castos* y sensibles oídos.

Y confesar debería, que á haber sido nervioso, sendos ataques sufriera.

Pero como—y á pesar de no ser hijo de la nebulosa Albion,—soy estremadamente calmoso, apelo á la magnífica sentencia de «al buen callar le llaman Sancho» y aplicándola tambien de rondon en este preciso instante, agobiado y sordo por la estentórea voz de pesado cajista, que sin cesar me grita: *¡original!* doy por terminado este trabajo, satisfecho sino de otra cosa, de haber aburrido por algunos minutos, años ó siglos, á ese *respetable* público.

El Aredano.

LA SONRISA DE N.

N. es un hombre en cuyos labios se ve á toda hora una eterna sonrisa.

Le dice usted que hace mal tiempo y se rie; se queja usted de alguien ó de algo y se rie; le alaba usted y contesta con una sonrisa; le contraria usted y hace lo mismo.

Pero siempre se conoce que lo hace como á su pesar.

¿Es que es feliz?

¿Será estúpido?

¿Qué sabemos!

Este hombre, cuando aquella necia sonrisa no contrae su semblante, tiene aspecto de hombre de talento: sus ojos son grandes, espresivos á veces, y casi siempre tristes; es artista y sus cuadros diria la critica que tienen un fondo filosófico. N. además es de un temperamento hepático nervioso, y está pálido y demacrado escesivamente.

Con tales antecedentes su habitual sonrisa tendria algo de siniestra para algunos, si no llevase en sí un sello característico de bondad.

Cada hombre es un mundo aparte; cada hombre es un libro cerrado que contiene una lectura misteriosa, segun ha dicho no sé quien.

El día que pudiéramos leer en el interior de todos los hombres, arrojaríamos con desden las novelas; los libros habrian concluido.

Tan infinita variedad, tanta novedad encontraríamos en esa misteriosa lectura que nos está vedada, y de la cual no conocemos mas que las cubiertas que la contienen.

Vamos á leer en el interior de N., y tal vez nos explicaremos el secreto de su eterna, injustificable sonrisa.

N. ha sido muy desgraciado, y al cabo de luchar con su suerte ha encontrado un excelente pretexto para darse por vencido.

«Cuando un sueño muy penoso nos agobia, se habia dicho él, ¿qué placer nos causa el despertar! Despertamos, y los sucesos que tanto nos habian horrorizado momentos antes, nada significan; el contraste que forma la

realidad con el sueño de que nos hemos librado, esta sola consideracion, esta sola diferencia, nos hace felices.

Sin embargo, estos sueños tienen tantas apariencias de verdad, cuando por ellos estamos poseidos, como la verdad misma.

Muchas veces en sueños dudamos de lo que estamos viendo, y soñamos que acudimos al testimonio de nuestros sentidos, y que estos nos dicen que lo que está pasando en nuestro pensamiento son sucesos reales.

—¿Será esto un sueño?—decimos soñando; y acto continuo nos convencemos de lo contrario.

Ni mas ni menos que cuando nos estraña una cosa en la vida real.

—¿Es esto un sueño?—solemos esclamar tambien en este caso.

Y en verdad que la diferencia no es muy grande.

¿Qué deja un suceso, despues de trascurrido, en el tiempo ó en el ambiente? Nada; un recuerdo tan solo en la memoria, bien poca cosa, casi lo mismo que deja un sueño en pos de sí.

¿Será lo que creemos realidad, lo que llamamos vida, un sueño?

Todo esto pensó N.

Y hé aquí por qué série de razonamientos llegó al mismo punto que el protagonista de *La vida es sueño*.

—«Pues bien, soportemos los acontecimientos desagradables de la vida, concluyó por decir á semejanza del héroe de Calderon, como penosos sueños de que hemos de despertar.»

De aquí á la práctica de los estóicos no hay un paso siquiera.

Hé aquí explicado por qué ante todo lo que á sus ojos pasaba, aparecia indiferente, frio.

Por qué ageno á todo, solia decir en su interior ante la mayor contrariedad que sucederle pudiera.

—¿Cuánto disgusto me causaria esto si yo lo creyese!

—¡Infelices! pensaba otras veces ¡cuánto interés toman los hombres en esto!—Si ellos supiesen....

Del mismo modo, al abrigo de un coche, mira un viajero á través de los cristales la nieve que cubre el camino, y á los pobres caminantes que van á pié tiritando de frio.

El viajero, al atravesar sin incomodidad alguna, por medio de la atmósfera fria, no puede contener una sonrisa de satisfaccion.

Lo mismo, pues, le sucede á N. cuando en medio de los azares de la vida se acuerda de su situacion, y como se acuerda siempre, ved ahí explicado el carácter que todo el mundo estraña en él.

Para él, como para el viajero que nos ha servido de ejemplo, no es la vida mas que un vasto panorama.

Empero este modo de viajar y este modo de vivir tienen sus inconvenientes.

Preguntadle al primero:—¿Ha hecho usted algun viaje por tal ó cual país?—Sí, os dirá.—¿Y es bueno el clima? añadireis vosotros. ¿Qué me dice usted de aquellos habitantes? ¿Qué costumbres tienen? etc.

—Yo sé que el país es muy quebrado, os contestará; que hay montes elevadísimos, que hay mucha vegetacion; pero no puedo satisfacer á sus preguntas de usted, porque no se mas que eso.

Ni ha hablado con las gentes del país, ni quizá las ha visto, ni ha oido su acento, ni ha visitado el interior de sus viviendas.

Todos esos detalles íntimos, todas esas impresiones que se adquieren poniéndose mas en contacto con los

pueblos por donde se pasa, le son completamente desconocidos.

Pues bien, viajar así es lo mismo que vivir como vive N.; es atravesar la vida sin sentir en ella ni frio ni calor, sin el placer ni el dolor que producen los afectos del corazon, sin sentir el interés que éste pone en las personas y en las cosas.

Uno y otro hacen un viaje; uno y otro ven el mundo á través de un cristal; el uno, el de la ventanilla de su coche, el otro, el de sus ilusiones.

Ved por qué N., artista, N., hombre de talento, parece un necio con su eterna sonrisa.

Una vez bajo el dominio de su escéptica doctrina, no está en su mano contener la risa que asoma á sus labios con cualquier motivo.

—Pero ese hombre—dirá el lector al llegar aquí—¿no sentirá ni el amor, ni la esperanza, ni la compasion, ni...?

—Efectivamente.

—Y hallará monótona la vida.

—Así es.

—Y se fastidiará.

—Sí, señor.

—Y será infeliz.

—Ni mas ni menos.

—¡Pobre hombre!

—Eso suele decir él tambien de los demás, porque, aunque es desgraciado, todavia no se ha apercibido de ello, y á él, que compadece á los demás, jamás se le ha ocurrido pensar que él sea á su vez digno de compasion.

—Pero ¿dónde está ese hombre?

—Yo se le enseñaré á usted, amigo lector, cuando le vea; pronto le hallaremos.

Hablemos de otra cosa.

—¿Usted cree en el amor?

—Yo le diré á usted (aquí habla el lector), yo creo que hay un apetito sensual que se sacia y que desaparece; yo creo que hay caprichos que tienen las apariencias de una pasion irresistible; yo creo que el lenguaje del amor es exageradamente hiperbólico y figurado, y que se suele tomar en él una chispa por un volcan, el deseo por pasion, la conveniencia por deseo, el rábano por las hojas....

—Es decir, ¿que usted cree que el sentimiento es exagerado por esencia?

—Justo.

—¿Qué, donde no hay exageracion no hay sentimiento?

—Cierto.

—Y que cuando se habla con esa exageracion, nada hay que mas se aparezca á la mentira?

—Así, es.

—¿Luego el lenguaje del amor es un tecnicismo que dice lo que no existe?

—Cierto.

—¿Luego usted no cree en el amor?

—No, señor.

—¿Usted no creará tampoco en la amistad?

—No, señor.

—¿Ni en la gratitud?

—Menos.

—Pues no pasemos adelante: hemos encontrado á mi hombre.

Usted sabrá lo que es una metáfora.

Usted sabrá que es una figura retórica en la cual se toma el individuo por la especie.

—Sí, señor.

—Pues yo he cometido una metáfora: mi hombre no es uno sino muchos, no es un individuo determinado sino cualquiera; es usted, yo, el vecino, es todo el mundo, es, en fin, el hombre del siglo XIX.

El mundo, los sucesos, los libros, especialmente los libros, le han enseñado á dudar de todo, y hoy no cree en nada, en nada mas que en lo que afecta á sus sentidos.

Cuéntele usted lástimas y se rie; haga otro sacrificios por la patria y se le rie; sea usted virtuoso y hace lo mismo; sea usted malo, nada le importa.

Ya conoce usted á N. N.

Pedro Manuel Yago.

¿EN EL CLAUSTRO Ó EN EL MUNDO?

(Continuación.)

Entra en las esperanzas de placer, gloria é inmortalidad.

El recuerdo está en la imaginación de hombres mas célebres en matemáticas, que sublimes en virtudes, tan elevados por la ambición y vanidad, como bajos por los medios y fines de sus obras, y mas ávidos en procurarse una abundancia de intereses que nunca pueden llenar su corazón, que la dicha envidiable de poseer una joven educada en la virtud.

¿Qué se ha hecho de aquel tiempo amigas mías, en el que podíais ser unas heroínas, que hubieran preguntado por vuestra honradez, instrucción y conocimientos?

La elegancia, esencias de adorno, y un dote mas que regular han sustituido estos recursos, y como he dicho antes, sois miserables desterradas en un siglo cuya marcha ha regalado cálculos á la cabeza en cambio de sentimientos al corazón.

Un corazón hermoso, un alma grande, y pensamientos sublimes son el tesoro con que os han cargado para arrojaros en un desierto de personas, que descubran, que examinen, y que comprendan el justo valor de estas prendas morales.

Os he rendido mi tributo y me despido de vosotras para ocuparme de aquellas en las que el mundo halla algo que sacrificar.

La religiosa lo ha dejado todo y ha aceptado su destino después del desengaño, al paso que la casada cree entrar en la libertad, en la posesión de nuevos derechos, y admite el yugo cegada por la ilusión.

La novicia tiene su año de pruebas pero no es del todo así; debiera llamarse de preparación, porque las pruebas de este año, son mas dulces que las que vienen después.

Empieza por formar parte de una sociedad de mujeres á las cuales no unen otros vínculos que los de la caridad.

Como esta virtud no se halla en tal grado de perfección que quite del todo las pasiones, fácil es que la manzana de la discordia produzca sus efectos y que á estos sigan no muy agradables consecuencias.

Ninguna de ellas posee ropa ni menos dinero, mas no fuera extraño que la envidia hiciera presente á alguna jovencita poco experimentada, que su compañera viste un hábito nuevo y los muchos remiendos que hay en el suyo, que por un movimiento de celos ó curiosidad repare en los pichoncitos, las chuletas, y los dulces que saborea una, al mismo tiempo que otra come legumbres y verdura.

No quiero suponer que entre personas virtuosas se cometan injusticias, esto no entra en mis convicciones, ni lo hubiera consignado, á no ser el fatal empeño que me arrastra á descubrir la prosa de la vida.

Quiero llevar mi indulgencia hasta el punto de creer que la falta de la religiosa es momentánea, que olvida, que se arrepiente, pero el disgusto del primer momento nadie lo quita.

La superiora no está obligada ni puede dar satisfacción á sus subordinadas como tampoco puede explicar las causas y fines, en algunas ocasiones sagradas, y por la misma razón pueden estas aprobar ó desaprobar los medios.

La que hoy ocupa un puesto honorífico, mañana ejerce un oficio mecánico. Si alguna durante muchos días había estado destinada al locutorio, pasa á la celda sin mas razones, que una orden dada con acento dulce, pero en estilo breve y terminante.

El vestido, el pañuelo, el corsé, que había comprado la madre ó la hermana, y que tantos recuerdos la reserva, con algun sentimiento lo ve usar á la que la inspira menos simpatías.

El planidero son de una campana que llama á la comunidad, las agudas puntas de hierro que guardan las rejas, el silencio sepulcral que reina en ciertas horas todo tiene algo de fúnebre y misterioso y causa cierto terror al que lo presencia por vez primera.

(Se continuará.)

Uno de nuestros apreciables amigos, hijo de Castilla, nos ha manifestado que no comprendía lo que puede significar la calificación de *elástica* que en uno de los sueltos del número anterior aplicamos á la lengua catalana. Vamos á hacer que lo comprenda.

La expresión, *jo me miro un home*, tiene indudablemente siete sílabas; y no obstante, sin quitar un átomo á su significado, puede reducirse á seis, *jo 'm miro un home*, á cinco, *jo 'm mir 'un home*, y hasta á cuatro, *jo 'm mir 'un hom*. Esta cualidad, que tanto contribuye á facilitar la versificación; sin sacrificar á esta los conceptos, la tenía también—aunque no en ese grado—la *antigua* lengua castellana, el idioma de Castilla en su estado de progreso; pero, la desdén al llegar á su apogeo, como en su sensible decadencia ha desdénado sus más castizos vocablos, para tomar los sinónimos precisamente de la lengua más pobre, cuyo contacto por otra parte, tanto ha contribuido á corromperla; y así es, que hemos de leer con despecho en producciones de distinguidos escritores castellanos, y como cosa ya corriente y admitida, las palabras *soirée, ambigú, buffet, nécessaire, toilette, hôtel*—dijeran *hostal*, que á lo menos es dicción española—*portier, boulevard, mise en scène, sans façon, pur sang*, etc., etc.

Gacetilla.

Traslado á quien corresponda.—Caballero, tiene usted la bondad de decidirme donde está la impenta de *El Fado Bid-badense*?

—Es esta.

—Cadamba, y que todpe soy! Yo quisiera que me hiciese usted el favod de insedatme estos vedsos á los días de mi adoda-to dimento.

—No hay inconveniente.

—¿Saldá en el número de mañana?

—Si señor.

—Pues muchísimas gracias y oddene usted lo que guste.

—Diga V. caballero, ¿quién abona la publicación?

—¿Qué, se paga pod eso?

—Seguramente.

—Yo me figudaba que las poesias se impimian de balde.

—Algunas, si señor, pero las que son como esta....

—Qué, ¿son malos mis vedsos?

—Malos no, pero....

—¡Cadamba! A mí nadie me saca los colodes á la cada. ¿Entiende usted? Si los quide usted publicad en lugad pefedente los de-jo, sino los detido, ¡pues no faltaba mas! ¡Atevedse á censudá una poesia que empie-za de esta maneda!

En su triunfante cadoza sade el Sod pod el Odiente, anunciando á los modtales que es tu día Madiquita.

—Basta caballero, basta; para esos versos no hay otro lugar mas que el de seccion de anuncios.

—¡Que dispadate! Mis vedsos al lado de la Neguetina vejetal, de los Sombedos, de los apendices de badbedo, de las Sanguijuedas y de todas esas cáfidas de anuncios pod el estido? No señod, no señod, yo no llevo mis obas á ese padaje. Agud, cabal-ledo, agud.

—(¡No hay quien te mate!)

Vaya V. con Dios, señorito.

¡Ojo, solteras!—Probabilidades que á cada edad tienen las mujeres para casarse. De mil mujeres se casan:

32 de catorce á quince años.

101 de diez y seis á diez y siete.

219 de diez y ocho á diez y nueve.

232 de veinte á veintuno.

265 de veintidos á veintitres.

102 de veinticuatro á veinticinco.

60 de veintiseis á veintisiete.

45 de veintiocho á veintinueve.

12 de treinta á treinta y uno.

14 de treinta y dos á treinta y tres.

8 de treinta y cuatro á treinta y cinco.

2 de treinta y seis á treinta y siete.

1 de treinta y ocho á treinta y nueve.

De los cuarenta en adelante las probabilidades favorables se espresan por fracciones insignificantes.

Un capricho!!!—Definición de la mujer en comun mala.

Mujer, motivo de muerte;

Mujer, medio del pecado;

Mujer, mal en lo vedado;

Mujer, mentira mas fuerte;

Mujer, monstruo que pervierte;

Mujer, vívora fingida;

Mujer, ponzoña florida;

Mujer basilisco airado;

Mujer, demonio encarnado;

Mujer, infierno en la vida.

Definición de la mujer en particular buena.

Mujer, medio para el cielo;

Mujer, móvil de virtud;

Mujer, causa de salud;

Mujer, del hombre consuelo;

Mujer, ángel en el suelo;

Mujer, pensil que divierte;

Mujer, bondad que convida;

Mujer, gloria de la vida;

Mujer, descanso en la muerte.

MERCADO DE LA BISBAL DEL DIA 8

Trigo.	74 rs.
Mescladizo.	64 „
Habones.	52 „
Habas.	48 „
Arbejas.	42 „
Panizo.	36 „
Maiz.	40 „
Altramuces.	38 „
Cebada.	32 „
Mijo.	40 „
Avena.	28 „
Aceite el mallal.	56 „

Charada.

Si el *prima y tres* que en las fuentes el municipio coloca no dá más agua, al Alcalde, por cierto armaré camorra.

Y cuando yo *dos y tres*, soy fiero cual la leona, á quien cazador astuto sus tiernos cachorros roba.

Si de casarme tratára —aunque ya no está de moda,— quiero, si, *segunda y prima* en alto grado á mi novia.

Que al ofrecerla mi *todo* —si bien sea pobre cosa— en el siglo en que vivimos si no se *paga se compra*.

El Aredano.

(Solucion á la del número anterior.)

A-ZO-TE-A.

ANUNCIOS.

OBRAS PUBLICADAS.

LO TROVADOR DEL ONYAR.

POESÍAS CATALANAS

DE

ENRICH CLAUDI GIRBAL.

(SEGON VOLUM.)

Preu: 14 rals en rústica y 19 en pasta.

Se ven en aquest establiment.

En Barcelona: Centro de publicaciones catalanas de Roca y Bros, carrer de la Plateria.

En Girona: Llibreria espanyola dels senyors Montaos; germans, carrer de la Cort Real.

OBRAS EN PRENSA.

TORRES, EDITOR.

Establecimiento tipográfico y taller de encuadernaciones.

LA BISBAL.

Plaza del Castillo, núms. 28 y 30.

COLECCION LEGISLATIVA Y JURISPRUDENCIA HIPOTECARIA, ó sea

RECOPILACION COMPLETA Y ORDENADA,

que comprenderá además de la ley Hipotecaria acordada con su Reglamento é Instruccion sobre la manera de redactar los instrumentos públicos sujetos á registro, todos los reales decretos, reales órdenes y circulares referentes al ramo; las resoluciones de la suprimida Direccion general del Registro de la propiedad y del Notariado, y demás disposiciones oficiales relativas á la materia, dictadas desde la promulgacion de la ley Hipotecaria hasta 1.º de Enero de este año de 1867, publicada por

D. RÓMULO MORAGAS Y DROZ,

Abogado del ilustre colegio de Madrid y Jefe de administracion.

Basta el título de la indicada obra para comprender su importancia y utilidad. Su publicación responde á una verdadera necesidad práctica. Los Registradores de la propiedad que aplican y ejecutan la ley de Hipotecas, los Notarios que necesitan á cada paso conocer todos los puntos de dicha novísima legislación, los Promotores fiscales que en algunos casos han de encargarse de los Registros, los Jueces de primera instancia que son los inspectores de estas oficinas, y que además resuelven en primer término las consultas de los Registradores y los expedientes de los particulares por denegatorias de inscripción, los secretarios, vice-secretarios, Jueces de paz, liquidadores del impuesto fiscal cuyas funciones tanto se rozan con la aplicación de la ley Hipotecaria, los Regentes de las Audiencias que en sus territorios son los inspectores del ramo, los grandes y pequeños propietarios que cuidan del arreglo de sus títulos y registran sus bienes ó derechos, los letrados, administradores de propiedades del Estado, etc., necesitan un libro que compile el gran número de resoluciones dictadas sobre la materia hipotecaria después de la radical reforma del año 61.

El libro que anunciamos llena en la práctica un vacío que era muy sensible, y desde su publicación podrá contarse con un cuerpo de doctrina, útil y practicable, que servirá de guía á cuantos por cualquier concepto tengan que intervenir en el vasto ramo del Registro de la propiedad.

Se necesita un oficial barbero. En la peluqueria del señor Masjoan, calle Ancha, darán razon.

SECURSAL DE FOTOGRAFIA DE

D. JOAQUIN MASSAGUER.

En la próxima semana se establecerá en esta villa, verificándose los mismos trabajos que en su taller de Girona.

D. Bernardo Robles tiene establecida en Madrid, calle de Relatores, n.º 3, cto. principal, una acreditada agencia, que se encarga del despacho de todos los asuntos administrativos y judiciales, pendientes en las oficinas del Estado y Fiscales de Justicia, de la Corte. Su acreditada honradez y actividad le hacen digno de la confianza, que el público le dispensa desde que empezó á dedicarse á esta clase de asuntos.

BUENA OCASION.

En uno de los puntos mas céntricos de ésta, en la plaza de la Obra, se halla en venta una tienda de ropa de las mas antiguas y acreditadas de la poblacion, la que se cederá á un precio módico por tener que dejarla su dueño. Para mas detalles, dirigirse en la misma plaza de la Obra, número 1, piso 2.º

Por todo lo no firmado y E. R. Antonio de Torres.

La Bisbal: Imp. de D. Antonio de Torres, plaza del Castillo, núm. 28.—1867.